

No culpable

— ¿Es la primera vez que viene a la consulta? — preguntó una mujer gruesa, con el pelo teñido de varias tonalidades de rubio, mientras observaba a Paula por encima de sus gafas bifocales.

— ¿Cómo dice? —respondió Paula.

— Me llamo Magda. Vengo aquí a menudo. Todas las semanas, de hecho. Y nunca la había visto por aquí antes. ¿Viene usted a ver al Dr. Oca o al Dr. Valladares? — preguntó.

— Al Dr. Oca. Sí, es la primera vez que vengo. La verdad es que he llamado a varias clínicas de Madrid hasta que una me ha confirmado una cita a primera hora y...

— ¡Pinche pendeja! —gritó un hombre desde el extremo opuesto de la habitación, con la mirada fija en el suelo.

— ¿Perdón? —respondió sobresaltada Paula— ¿Es a mí?

— ¡Chinga tu madre! —volvió a gritar.

— ¡Será grosero! —exclamó Paula indignada por aquella sarta de insultos gratuitos que estaba recibiendo.

— No haga caso a Miguel —intervino Magda—. Le ha debido usted caer bien. Cuando me conoció a mí me dijo cosas mucho peores.

— ¿Es su manera de saludar? A mí me parece un maleducado y encima un cobarde, mirando al suelo todo el rato —se quejó Paula.

— Disculpe señora —respondió Miguel—, no era mi intención incomodarla. ¡Putas! ¡Reputa!

— ¡Esto es el colmo! No tengo por qué aguantar esto. Esperaré en otra parte — dijo Paula.

— Venga Miguel, tranquilízate —intervino un hombre elegante sentado junto a él, mientras le daba palmaditas en la espalda.

— ¡Eres un pinche culero! ¡Joto! ¡Puto! Lo siento señora. De verdad que no es mi intención... ¡Mamavergas! ¡Qué bochorno, Dios mío! —dijo Miguel completamente avergonzado, mientras guiñaba los ojos de manera compulsiva.

— No pasa nada Miguel —dijo Magda—. No es culpa tuya.

— ¡Cómo que no es culpa suya! ¿Por qué le disculpan? Es un maleducado —dijo Paula.

— Señora... discúlpeme. Padezco el síndrome de Tourette. ¡Zorra!

— ¡Pero bueno! ¡Ya está bien! No me voy a quedar aquí sentada viendo cómo este hombre me insulta y todos le disculpan. Puff, ahora sí que me duele la cabeza —se quejó Paula.

— ¡Tragasables! —exclamó Miguel.

— Suficiente para mí —dijo Paula—. Prefiero estar de pie en recepción.

— Me llamo Tomás. Permítame que se lo explique. Miguel es mexicano y padece el síndrome de Tourette desde muy joven, pero con el paso del tiempo ha empeorado bastante. Como puede ver, tiene numerosos tics que repite continuamente. Ese es uno de sus síntomas, el otro, que no todos los que padecen el síndrome de Tourette lo sufren, es la coprolalia.

— ¿Coprolalia? —preguntó Paula.

— Es una tendencia patológica a proferir insultos y obscenidades —intervino Miguel—. ¡Bola de mamones! ¡Me cagan!

— ¿Me están diciendo que no puede evitar insultar a la gente? —preguntó atónita Paula—. ¡Cuánto lo siento! Debe ser horrible padecer algo así.

— Pero eso no es lo más grave. Anda Miguel, cuéntale a Paula a qué te dedicas —dijo Magda, mientras se desabrochaba con la mano izquierda el último botón de su camisa, que acababa de abrochar con la mano derecha.

— ¡Hija de una perra violada por mil lobos! —exclamó Miguel—. Soy sacerdote.

— Supongo que no le será nada fácil cumplir con sus obligaciones... Quiero decir, administrar los sacramentos: confesar, decir Misa, officiar matrimonios,...

—dijo Paula.

— ¡Exacto! Tengo que dedicarme a tareas solitarias, donde no tenga mucho contacto con la... ¡hija de la chingada, te voy a partir tu madre! ...gente.

— Puf. No puedo imaginar lo mal que debe usted pasarlo —dijo Paula.

— ¡Uy! Pues si eso le parece extraño, espere a que le contemos nuestros síntomas —dijo Magda animando a Tomás a empezar.

— No puede ser peor que lo que padece el pobre Miguel —aseguró Paula.

— Yo huelo los colores, saboreo las formas y escucho los sabores —dijo Tomás.

— ¿Qué? —preguntó Paula creyendo que no había entendido bien a Tomás.

— Padezco sinestesia, una anomalía por la que sufro una estimulación simultánea de varios sentidos. Cuando toco una superficie suave, siento un sabor dulce en la boca. También puedo ver sonidos. Parece divertido pero no lo es tanto cuando eres cocinero y no puedes fiarte de tu sentido del gusto.

— ¡No es lo mismo un metro de encaje negro a que un negro te encaje un metro! —exclamó Miguel—. Perdón. Les ruego me disculpen.

— ¿Y usted? ¿Por qué está aquí? —preguntó Paula a Magda.

En ese momento, dos hombres vestidos de enfermeros entraron en la sala de espera acompañando a un hombre de pequeña estatura, con el pelo lacio, negro y abundante, excepto en una parte de su cabeza, por donde asomaba una gran cicatriz que parecía reciente.

— Carlos, vamos a dejarte aquí sentado mientras hacemos el papeleo y avisamos al Doctor Valladares para que te atienda lo antes posible. Prométenos que no vas a incomodar a estos señores —dijo uno de los enfermeros.

— No se preocupen. Ya le conocemos. Carlos dice que puede ver el futuro, ¿sabes Paula? —dijo Magda, tras lo cual se abofeteó la cara con su mano izquierda.

— ¡Pendeja! —gritó Miguel.

— ¿Por qué te pegas en la cara? —le preguntó Paula a Magda anonadada.

— Hace años me sometí a una cirugía en el cerebro debido a que padecía un caso severo de epilepsia. Durante la operación cortaron el cuerpo calloso que conecta ambos hemisferios cerebrales, lo que dio lugar a mi síndrome de la mano extraña —explicó Magda.

— ¿Síndrome de la mano extraña?

— Sí. En concreto la izquierda. Yo la llamo “la cabrona” —dijo Magda.

— ¡Cabrona! ¡A chingar a tu puta madre! —gritó Miguel.

— El resultado de cortar ese cuerpo calloso es que cada hemisferio funciona de manera independiente, compitiendo entre ellos —continuó Magda.

— Por eso se abrochaba y desabrochaba la blusa constantemente —dijo Paula.

— Así es —replicó Magda.

— ¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Tomás.

— Bueno, lo mío no es nada extraordinario. Esta mañana me he despertado con un increíble dolor de cabeza, creo que es una migraña. Mi madre las padecía —dijo Paula—. Sobre todo me duele el lado derecho.

— El lado que te duele predecirá tu voto. ¡Qué hallazgo tan notable! ¡Qué pasmo y qué alboroto! —exclamó Carlos.

— ¿Qué dice este hombre? —preguntó extrañada Paula.

— ¡Quién sabe! A lo mejor te ha hecho una predicción —bromeó Tomás.

— El lado que te duele, el lado que te duele,... —se limitaba a repetir Carlos una y otra vez, como si de un mantra se tratara.

— ¿Paula López? El Doctor Oca la está esperando —anunció la enfermera.

Cefalea de racimo fue el diagnóstico y Sumatriptán el medicamento recetado. El tratamiento funcionó bien durante semanas, hasta que llegó el día que Paula había estado temiendo durante tanto tiempo.

— ¡Vamos Paula! Tienes que decidirte. No podemos esperar más tiempo por ti. ¿Cuál es tu voto? —preguntó el portavoz del Jurado Popular que se encontraba reunido para emitir un veredicto de culpabilidad o no culpabilidad sobre un posible caso de asesinato.

Paula hizo caso omiso al comentario y se esforzó por concentrarse en las evidencias mostradas durante el juicio. Su voto era fundamental para declarar culpable al presunto homicida, pero su proverbial indecisión, junto con el terrible dolor de cabeza que la acompañaba desde que se despertó aquella mañana, hacían imposible que Paula fuera capaz de emitir su voto.

— Por favor señora, llevamos aquí tres horas. Todos tenemos cosas que hacer y está más que claro que ese hombre es un asesino —dijo un hombre de aspecto anodino sentado a la derecha de Paula.

— Tiene antecedentes, un motivo para cometer el crimen, la oportunidad de hacerlo y su coartada no está soportada por ningún testigo neutral, ¿a qué espera para votar por su culpabilidad? —le preguntó una señora de mediana edad que miraba a Paula de hito en hito, incapaz de entender que todavía estuvieran esperando allí por ella.

Sobre la mesa, dos hojas esperaban la decisión de Paula. En el encabezado de la de la izquierda podía leerse: “Miembros del Jurado que declaran al acusado culpable”, mientras que escoger el de la derecha suponía votar a favor de su no culpabilidad. De repente, la mente de Paula se despejó y supo qué hacer. En su cabeza sólo podía escuchar las palabras de Carlos, el paciente del Dr. Valladares: “El lado que te duele predecirá tu voto”. Fue entonces cuando, para asombro de todos, Paula firmó el acta de la derecha.